

le la vida, quiero, en fin, hacerle padecer lo que él me ha hecho padecer á mí!... ¡Os lo ruego de rodillas, Sire; concededme la libertad para consagrarla á esa obra de reparación, de justicia, de bien y de verdad!...

Maximiliano me miró triste y fijamente, y acercándose á la mesa escribió una carta que decía:

«Muy distinguida señora Jecker: Como Nos habéis pedido que os hagamos saber NUESTRA impresión acerca de vuestra persona y de los sucesos que con ella se relacionan, Nos apresuramos á deciros que la expedición que emprendisteis á Michoacán por orden NUESTRA resultó muy fructuosa y favorable para NUESTROS intereses y los de NUESTRA patria, y que durante todo el tiempo que habéis permanecido al servicio de la Emperatriz habéis dado muestras de exquisita y sincera adhesión á Su persona y á todo cuanto se relaciona con el Imperio, siendo por tales motivos muy grande y merecida la estimación que os consagramos,

Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO.»



## CAPITULO II

Esto se va

No se limitó la bondad del Emperador á dejarme la carta, sino que al día siguiente me envió convite para comer en la mesa del palacio, me hizo sentar entre el arzobispo y el ministro inglés y me dirigió la palabra con tal cariño y tanta bondad que mis émulos y envidiosos deben de haber quedado sin ganas de hacer más catálogos tocante á mi persona. Allí repitió muchas ocasiones que en viniendo la Emperatriz no sólo tomaría posesión de mi cargo de dama de honor, sino que sería agraciada con la nueva orden de San Carlos, recién establecida bajo el patrocinio y dirección de la soberana.

La tarde de ese día recibí la visita de mi amigo el padre fray Tomás Gómez, que iba á pedirme licencia para partirse.

— ¡Dios mío! exclamó al verme; pero ¿quién había de

creer que regresaría usted de esa expedición de Satanás todavía más lozana, guapa y llena de salud que cuando se marchó? ¡Pero si parece mentira!... El sol, el aire, la lluvia, el mal dormir y el peor comer han hecho engrosar á esta pecadora y le han dado un barniz que... vamos, parece otra.

— La edad, padre...

— ¡Qué edad ni qué niño muerto! ¡Si usted se burla de los años como de las personas! Yo no sé cuántos calendarios tenga encima, mas juraría que no son más de veinticinco... Pero, en fin, dejemos eso: me alegro que esté tan hermosota y celebraré que siga siéndolo si ha de ser para bien de su alma... ¿Sabe que me voy?

— ¿Y á dónde bueno, fray Tomás? ¿Anda acaso de político y piensa marcharse á arreglar las dificultades pendientes?

— ¡Político! Pero ¿por quién me ha tomado usted? Yo no soy político, ni sé nada de política, ni quiero nada con esa señora... Me marchó á mi convento, á mi celda, á mi soledad de siempre... Como dijo el otro,

... las ambiciones cortesanas  
Prisiones son do el ambicioso muere,  
Y donde al más astuto nacen canas.

Y yo, que al venir de ultramar, traje algunas (canas, no ambiciones), he quedado aquí como si me hubieran metido en harina... ¡Ay, señora mía, lo que aquí se ve!...

Quien quiera saber hasta dónde llega la picardía humana, que venga á esta corte.

— ¿Qué me cuenta usted, padre, si yo acabo de ser víctima de esas cosas?...

— ¿Qué habla usted allí, mujer? A usted le habrán hecho doscientas mil trastadas, pero no como á mí...

— Tales han sido, que me propongo no volver á la corte.

— No haga usted eso, que le pesaría. Usted, que es aficionada á mirar y á notar lo que pasa en el mundo, no debe dejar este observatorio privilegiado en que se encuentra... Y luego, que estoy segurísimo de que nadie ha de volver á acordarse de usted, aunque lo que haya hecho sea de lo más tremendo...

— ¿De veras, padre?

— ¿Luego no lo sabe? Esto se va, esto se acaba, esto se derrumba. No sé; pero Sus Majestades se han vuelto locos, ó representaron en Miramar una comedia indecente... ¿Qué cree que me dijo el otro día el Emperador? «Yo me paso sin Roma; fundaré una iglesia nacional y yo seré el papa.»

— Quizás sea una chanza.

— Quizás lo sea; pero es una chanza impía. ¿Sabe usted lo que dicen de los señores obispos? Que dejarían sus sedes más bien que los productos que les proporcionan; que tienen como aspiración suprema vivir en Europa con

el dinero que sacan de sus obispados; que la religión les importa un comino; que son, en suma, logreros y no apóstoles... ¿Qué le parece á usted? Y luego, haber expulsado á un francés, el abate Alleau, porque estaba diciendo las del barquero... Eso no tiene perdón... Y *ainda mais*, haber declarado vigentes, legítimas, vivas, llenas de sabiduría, esas leyes abominables que Juárez llamó de reforma, y que no son más que espantosas impiedades... Lo dicho, ó estas gentes han perdido el juicio ó fueron unos grandísimos é indignos comediantes... Les hubiera visto usted en Europa llenos de fervor, de unción, de respeto y de entusiasmo por todo lo santo... ¡Qué días aquellos! Me imaginaba que no tardaríamos en ver sobre el trono á un verdadero y legítimo Austria, á un Felipe II, á un Felipe III, á un Rodolfo de Hapsburgo. ¿Y qué hemos visto? Un Barbarroja, un Enrique IV, un Federico II. ¡Dios le tenga de su mano y mil veces disponga quitarle antes la vida! pero yo veo al Emperador entregado á la impiedad y á la apostasía, los crímenes mayores de que puede hacerse reo un hombre... El se hinca de rodillas cuando pasa el Viático; él saluda con respeto á los sacerdotes; pero ¡ay, amiga! ¡qué farsas tan indignas! en su interior se está burlando de todo con la saña del más impío de los volterianos...

— No me cuenta nada nuevo, padre; pero ¿por qué me dice que esto se va? Me parece que á su paternidad le acontece lo que al zapatero del cuento, que exclamaba al

salir de la corte de las Españas: «Adiós, Madrid, que te quedas sin gente», figurándose que ya no habría quién habitara en la coronada villa desde que él se ausentaba.

— Usted es tonta, ó está empeñada en parecerlo: qué, ¿no sabe que Bazaine y Su Majestad están á matar? Sí, señora, á matar. Por esto y por lo otro y por lo de más allá, se dan cada agarrada que tiembla el misterio. Y es claro, donde no hay harina todo es mohina: como Bazaine tiene dinero y no quiere soltárselo al Emperador, el Emperador se enfullina y grita alarma y apellida traidor al otro, y el otro llama del inepto y del tonto y del ingrato á Maximiliano... En fin, que esto es el campo de Agramante, y quién reclama el yelmo, quién pelea por la espada, quién disputa la lanza, quién tira de la armadura... Sí, amiga, estamos locos, locos de remate, locos sin remedio: ¡Dios nos tenga de su bendita mano!...

— Pero con quitar á Bazaine...

— Bueno, pues se iría Bazaine y vendría Douay, ó Neigre, ó el Moro Muza. La persona no importa nada; lo importante es el fondo del negocio: Napoleón no quiere que sus tropas duren aquí más tiempo, y naturalmente, la intervención todos los días va á menos, va á menos el poder del Emperador y el imperio se va achicando hasta que no quede ni un pedacito para remedio.

— Pero, ¿es serio?

— Y tan serio. Bonaparte tiene ordenado ya cuándo

han de salir las primeras tropas, y naturalmente, el pobrecito Maximiliano está con la barba sobre el hombro.

— ¡Qué horrible traición!

— ¿De quién?

— De Napoleón, de Bonaparte. Su compromiso de mantener sus tropas en México, no terminaba hasta 1868.

— Bien puede ser; pero ¿no ha oído usted decir aquello de pica adelante que atrás vienen picando?... Pues eso cabalmente pasa aquí. A Napoleón le molestan las complicaciones de Alemania, de Austria y de Italia; le atosigan los muchos que le quieren mal en su tierra y que le arman en las Cortes cada marimorena que da la hora; y sobre todo, tiene un feroz Pedro Recio, la República de los Estados Unidos, que le tiene puesto el dogal al cuello amenazándole con no sé cuántas cosas. ¡Qué sabiamente dicen aquí, que cada perro tiene su tramojo! y Napoleón, que es un mastín, tiene nada menos que tres ó cuatro tramojos que no le dejan morder en paz.

— Pues mire usted que... Yo me figuraba que eso de los Estados Unidos era cosa de clavo pasado. Hace más de un año me refirió Luis de Arroyo que de un día á otro reconocerían al imperio los tales Estados.

— Pero ¿usted se cree de panolis como Arroyo? Es un pobre hombre. Bien puede ser que los tales americanos hayan estado embaucando al Emperador con la comedia de «si te reconozco», «no te reconozco», pero en el fondo no

han hecho más que lo que aquel marido que excitaba cariñosamente á su mujer á comer pollos, y que de ocultis y armado de un gran palo le gritaba: «¡cuidado si los catas!»

— O aquel que consentía en que su mujer fuera á un baile, diciéndole: «si quieres ir, anda». Que se descomponía así: «si quieres ziranda», que es una vara muy correosa y flexible de Michoacán.

— Eso es.

— ¡Pues estamos aviados!

— Aviados, sí, señora.

— Mas según parece, han recibido admirablemente y traen en palmitas á S. M. la Emperatriz en Yucatán.

— Fíese en la Virgen y no corra.

— Pues decididamente tiene usted razón: esto se va.

— Sí, se va, dijo Gómez; pero quien se va antes que la situación soy yo.

— ¿Usted? ¿Y por qué se va usted, padre de mi alma?

— ¡Friolera! porque no puedo aguantar á estos bellacos que han tomado la dirección de la casa imperial. Mire usted que un sacerdote católico y español, puesto bajo la tutela y vigilancia de luteranos...

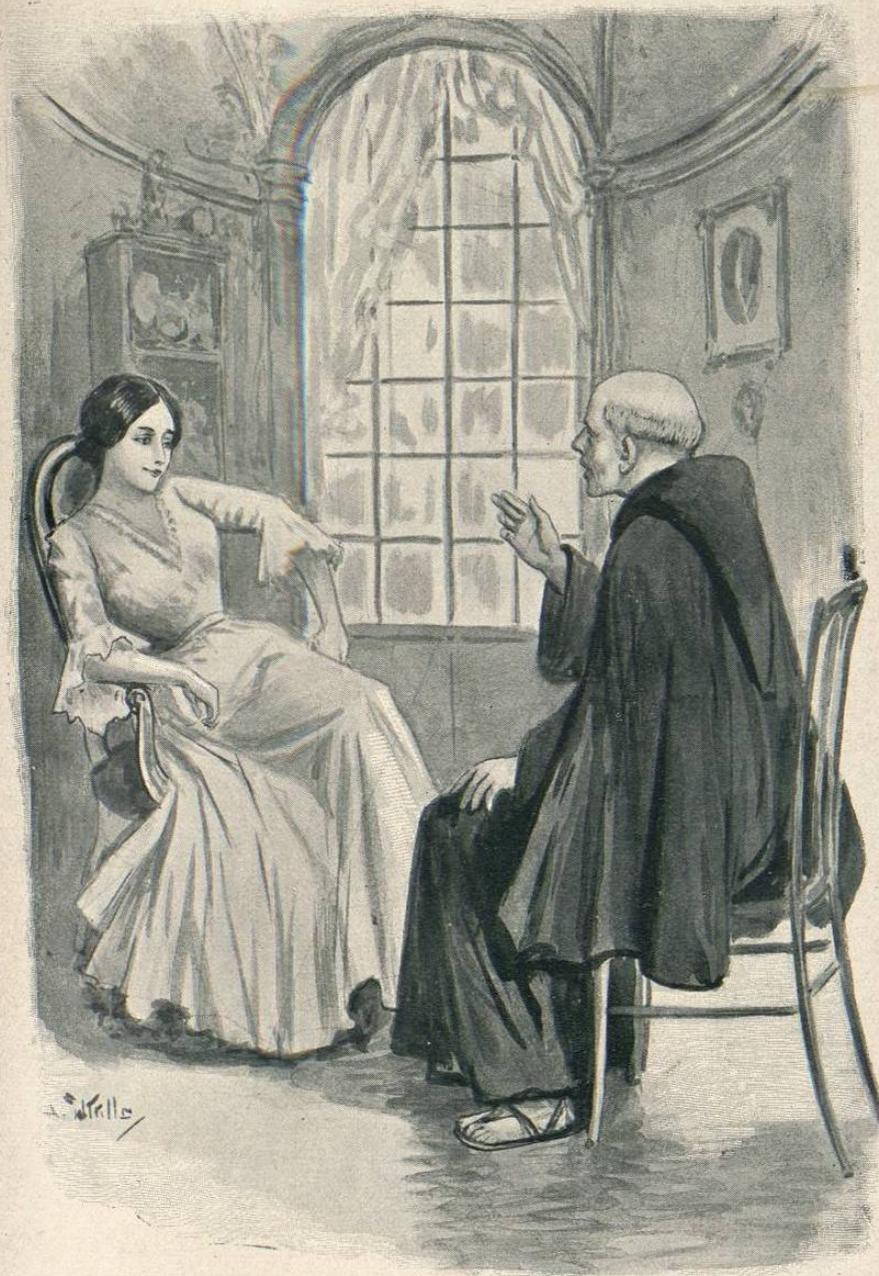
— ¿De luteranos?

— Sí, señora, de luteranos como ese Rodolfo, que trata de mandarnos á todos y que cree poseer la llave del albedrío de Su Majestad. ¿Y sabe cómo me llaman? Me llaman Torquemada, y creen que estoy de acuerdo con los seño-

res obispos para trastornar á Maximiliano. ¿Me da perversos? Claro que yo no veo con gusto que se ultraje á Sus Señorías, pues como me decía uno de ellos, la situación es ahora más tirante que en tiempo de Juárez, que al fin el indio siquiera es del país y conoce las cosas y las personas, y á pesar de sus exageraciones puede hacer algo de justicia; pero con estos bellacos, presumidos, ignorantes y vanidosos, que se figuran que por haber nacido en Austria ó en Bélgica ya son de otra madera que el resto de los mortales, ¿qué va á hacerse ni qué se puede emprender? Decididamente esto anda mal, muy mal, y yo me retiro á mi convento á ver qué me depara Dios en él... Bien dice el Ilmo. Covarrubias, que es de lo más salado para conversar: Juárez indito, Juárez güerito, todo igualito.

Quedóse callado un buen rato el padre Gómez, y dando una gran voz prosiguió:

— Vivir para ver, señora Ubiarco; vivir para ver... ¿Se acuerda usted de Miramar? Todo era invocar á María de Guadalupe, y solicitar el amparo de Dios, y ofrecer construir capillas y hospitales, y proteger el culto y quitar á los impíos esa riqueza que se han cogido. ¿Y qué ha resultado? Lo que nadie se imaginaba: que los que venían á restaurar el santuario y á poner las cosas en su lugar han venido á ser más malos que los otros, más perversos que los otros y peor intencionados que los otros... Será designio de Dios, pero la verdad es que no lo entiendo. El



— Vivir para ver, señora Ubiarco; vivir para ver...